

ineptitudes, pues que su misma fuerza dinámica crea las fórmulas de selección para que sean los más idóneos y eficientes quienes tomen la suprema dirección de sus destinos. Esta aseveración robustece nuestra idea de que el señor Calzada desconoce profundamente el tema que le sirvió para bordar su tesis. Sólo quien anda trasconejado y perdido respecto de los rumbos del ideal democrático, puede asentar que quien pidiera o exigiera selección en sus directores a una democracia, desvirtuaría «el principio de igualdad con que los partidarios de ella engañan a sus oyentes», como expresa en seguida.

Con las frases copiadas, creemos haber evidenciado que el joven Calzada no tiene una noción clara de lo que es la democracia. Seguramente ha oído repetir millares de veces su definición pero ésta de poco le ha servido, pues si ha aprendido sus palabras no ha desentrañado su ideología.

Otra acotación pusimos por ahí en el folleto: se comprende que el autor no es muy partidario del *dogma* democrático—como él lo llama—. Entonces surge la interrogación: ¿Cuál sistema político le agrada? La confusión nuevamente: incurre en el error común de señalar lo que se cree la dolencia, sin diagnosticar la medicina. Veamos:

Página 4: «Eliminar arbitrariamente de la participación en la dirección de la sociedad a una parte de sus miembros, es provocar la reacción espontánea que toda opresión origina en los que la sufren. Por eso las tiranías, *a base de atropello solamente*, son tan funestas para la vida de los pueblos». Aquí parece que asoma las orejas la sombría doctrina política de *la dictadura honrada* que tan buenos secuaces tiene por ahí, reclutados entre los devotos de la violencia y que ha erigido en émulos a los Primos de Rivera y Mussolinis de allá y los Gómez y los Leguías de acá, ya que las tiranías únicamente son malas... *cuando sólo son a base de atropello*, y todos los déspotas tienen mucha habilidad en eso de ponerle rótulos de progreso, de riqueza y de civilización, a lo que sólo es el reinado del atropello y del desmán, cuando no del pillaje.

Pero no; no es ese el credo o bandera política del señor Calzada, porque más adelante, *en la misma página 4*, expone: «Que la dirección de los pueblos corresponda únicamente a los capacitados *física y moralmente*, es la suprema verdad que los hombres deben ambicionar». Ya aquí no es la dictadura; se suspira aquí por el gobierno regido por hombres *robustos y honrados*. E interesa pensar que el autor, que ha estado contra el gobierno *del pueblo*—del pueblo como el lo entiende—por echar de menos en él el factor intelectual, en este caso lo suprime en absoluto. El ideal del joven Calzada de hombres capacitados *física y moralmente* para regir los destinos de los pueblos, nos sugiere un concepto caricaturesco: el tipo de gobernante sería un Firpo de muy nobles y finos sentimientos sin que importara un comino que este Firpo no tuviera la menor, la más remota preparación al respecto; lo que urge es esto: muy buenos músculos y muy buen corazón. Lo demás... ¿y para qué lo demás?

Pero para que se aumente la confusión, nos encontramos estotro en la *página 5*: «Y es que el exceso y el desprestigio encuentran también campo propicio en la democracia *como en cualquiera otra*

de las funestas formas de gobierno que se conocen». ¿Todas las formas de gobierno conocidas, funestas y despreciables? El señor Calzada no puede decir siquiera como el dulce Zenea:

«Mis tiempos son los de la antigua Roma
y mis hermanos con la Grecia han muerto».

El poeta añoraba las épocas de Roma y de Grecia porque habría querido vivir en ellas y se sentía como proscrito en la nuestra; el autor que comentamos lleva su nostalgia más allá: ni el pasado ni el presente ofrecen refugio a su inquietud.

No, no está bien que estas ideas que ya van siendo moneda corriente en nuestros días, se trastruequen y se presten a la dislocación, y menos bien puede estar que una Junta Directiva de un Colegio de Abogados, le preste la gloriola de su felicitación.

J. ALBERTAZZI AVENDAÑO

Febrero, 1925.

La vida transitoria

Meditación de una vida que se extingue

HABÉIS visto jamás un ser, en torno vuestro, en quien la realidad alcanzara los sólidos perfiles de una definición? Entre el crepúsculo de nuestras acciones ¿cuál vibra con el fulgor tranquilo, verdadero de una aurora polar? Mientras la vida asume en todo, en nuestros amores y en nuestros odios, el carácter efímero de lo que no tiene valor más que en lo probable, la certidumbre se eterniza en la obra de arte: mármol, estrofa o compás, armonía trémula ¡sólida armonía!

Desde que nace hasta que muere—iba a decir desde que se levanta hasta que se acuesta—el hombre tiene el aspecto borroso del que se está yendo. Una acción hecha por sí misma, sin otra finalidad que su plena y madura realización turbaría tanto nuestro equilibrio como una pausa en la movilidad fluida de los espacios.

Nuestra cólera, nuestra sonrisa, nuestro amor, pasan como postes telegráficos en las ventanillas de un ferrocarril, derribados por la velocidad. Vibrantes de luz y de íntima poesía, se sienten ajenos a ese cuadrículo de lo azul, bueno tan sólo para las cifras alineadas del burócrata o los proyectos de un ingeniero topógrafo. ¡Viajar, símbolo eterno de vivir!

La condición es el tránsito. Nacidos ya en el atardecer de una materia desgastada en miles de formas nítidas y sobrias, nosotros mismos no somos más que puntos de coordinación entre el pasado de las savias triunfales y el porvenir de las máquinas y de los electrones.

Soplos de infinito nos cruzan, desgarrando en nuestras almas el necio orgullo humano. Sentimos entonces, en sus dimensiones dramáticas, la decadencia de la vida que hizo, antes de nosotros, el marfil sedeño de las rosas, la médula dorada de las frutas, el blanco tibio del ala de las palomas, la perlada iridiscencia de la espuma y el canto matizado del ruiseñor.